



**Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá**



## **El abá**

El *abá* es el indio, pero desprovisto de su malicia y de toda experiencia de la vida, lo que le hace adquirir ese genio especial, hecho de superstición, que a veces es muy acertado y que se llama el *arandú-caá-ty*<sup>(20)</sup>. El *abá* es el tonto perfecto en su género de una simplicidad más que infantil que los niños suelen tener chispazos de ingenio en su inocencia. Es el *taby*<sup>(21)</sup> completo. Es haragán, incapaz de moverse por nada, y si alguna vez las circunstancias lo obligan a hacer algo lo hace en la forma más desastrosa posible. Es imprevisor y glotón.

Esta vez el *abá* está casado con una mujer rica, hija de un comerciante acaudalado e ignorante que eligiera él mismo tal yerno de miedo a que un tipo leído, un *carai arandú*<sup>(22)</sup>, se casara [145] con la muchacha y le derrochara la fortuna. La suprema estupidez del *abá* le hiciera encontrar en éste el yerno ideal que se conformaría con comer y dormir bien y que sería fácil de gobernar.

Un día, muy de mañana, lo manda al pueblo -viven en el campo- a comprar una bolsa de sal. El día siguiente es el de su cumpleaños y tiene que salar la carne de una chancha gorda que reservara para festejar la fecha. *Abá* monta a caballo y parte. Compra la bolsa de sal, pero haragán como es, se le hace difícil alzarla sobre el caballo y llevada así. Encuentra más cómodo amarrarla al extremo de un lazo que sujeta al centro del recado, de modo que al marchar la conduce a rastras. Pero el camino es desigual y escabroso; la

lona se resiente del arrastre y se va rompiendo. Y, por consiguiente, la sal se derrama y cuando, casi al llegar a la casa, pasa un arroyo ancho que corta el camino, el ya escaso contenido de la bolsa se disuelve en el agua. Él ni lo nota. Llega a la casa y al ser interrogado por el suegro sobre la compra hecha, le contesta orondo que la sal está amarrada al extremo del lazo. Recogido este sólo se encuentra, [146] como es natural, la lona mojada y sucia.

-Serás imbécil -le increpa el suegro *pero te tabyá ete-pa-nde tió tuy* (que tonto eres tío viejo). Y para darle una lección manda a la hija, la propia esposa del *abá*, a hacer la compra. Obedece la esposa y el suegro, temiendo otra trastada del *abá*, le deja en la casa y se marcha él también por otro lado a comprar la *caña* necesaria para la fiesta. Ya para la jarana, por anticipado y a objeto de hacer alarde de sus posibles le ha comprado a la hija una colección de joyas y un soberbio mantón de espumilla que representan una fortuna, pues el tal suegro es un tipo fachendoso.

*Abá* queda solo. La chancha, en el chiquero, hozaba en el barro y gruñía por no encontrar que comer. *Abá* la oye y en su brillante comprensión cree que la chancha se queja porque adivina su sentencia de muerte. Y la compadece: *ay che yarâ anga*: (pobrecita). Ven acá. Que te voy a divertir un rato antes de morir. Ya verás.

Se dirige a uno de los cuartos y abriendo el *caramenguá* (baúl) de la esposa, saca todos los collares y los aros, envuelve luego a la chancha en [147]el bordado pañolón cuyo fleco de seda arrastra lastimosamente en el barro, y abriéndole la puerta del chiquero la empuja hacia el campo, «Ve a divertirme y no tardes tanto». El animal echa a correr y presto se pierde de vista.

Cuando el suegro y la esposa volvieron, encontraron al *abá* muy tranquilo durmiendo la siesta.

-¿Y la chancha? Interroga el suegro inquieto.

-La mandé a divertirse, ya volverá.

Y les cuenta su hazaña. Al suegro le acomete un soponcio al comprobar, desolado, que el imbécil le da un resultado peor que el *carai arandú* de sus recelos...

No sabemos qué le ocurrió al suegro, a quien después no lo encontramos más en los otros casos del *abá*. Acaso murió o se separó de la pareja. Ahora encontramos sola a ésta, reducida a pobreza suma, pues es la mujer la que tiene que procurarse los recursos para mantener el hogar. *Abá* cada vez más inútil, sólo engulle y duerme<sup>(23)</sup>. No aporta nada a la casa; al contrario despilfarra todo lo que la mujer trabajosamente, con su labor de hormiga, sigue [148] agenciarse. No tiene más que una gallina gorda que es muy ponedora y a la que cuida con esmero. Pero esta gallina tiene desvelado a *abá* tentándole la gula.

-Vamos Rebieca a comer tu gallina -dice a su mujer- para no tener que preocuparnos más de cuidarla. (*Na penaveimnandi jhagua*).

-Pero si a mí no me preocupa -dice ella- al contrario, me preocupa matarla porque ¿de donde sacaré otra?

*Abá*, que no quiere discutir por no malgastar energías, se calla. Pero se da a discurrir, rascándose la cabeza, según era su costumbre, y no hallando argumento con que convencer a la mujer recurre al engaño. Finge un viaje para emprender un negocio; va a tropear. ¡Él, que jamás se moviera sino para ir de la mesa a la hamaca y vice-versa! Pero la mujer no se engaña. Finge creerlo y le promete que al día siguiente, de madrugada, se levantará para matar el ave y asársela para el *avío*. *Abá*, feliz con su treta, se duerme profundamente. Entonces la mujer con todo cuidado le raspa concienzudamente la cabeza cubierta hasta entonces de una áspera, lacia y abundante pelambre... [149]

Al día siguiente al despertar, *abá* se rasca la cabeza y nota desconcertado que no existen sus cabellos. Vuelve a palparse por todos lados el cráneo, con una mano, con las dos y al comprobar que efectivamente desaparecieron los cabellos: ¡Eh! ¡eh! ¿qué pasa? -grita desolado.

Y se desespera. Llama a gritos a su mujer: ¡Rebieca!; ¡Rebieca! Ven, ven, ¿dónde estoy?... porque yo no soy yo, que si yo fuera yo tendría la cabeza muy peluda. (*che nda chei, che che riré monico che-acâ-ragué guazú-aina*). Y como la esposa no viniera, pues se ocultara a reírse a gusto, *abá* sale corriendo, afligido y desesperado a preguntar a todo el mundo donde está él mismo, olvidado de la gallina y del fraude de que es víctima ante esta catástrofe...

Y la historia no nos cuenta si con el crecimiento posterior del cabello, *abá* volvió a encontrar su pérdida personalidad...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**